

## LA REPUBLICA

Las antiguas naciones andan como las alimañas; la República pasa rugiendo como un tren expreso. Un siglo le ha bastado para tomar sitio en el primer lugar de las naciones; pronto les pasará delante á todas. Por su población, su riqueza, su ahorro anual, su crédito, su agricultura y su industria figura ya América á la cabeza del mundo civilizado.

Francia con sus fértiles campos y su azulado cielo, tiene necesidad de que transcurran ciento setenta años para doblar su población.

La Gran Bretaña, cuya población aumenta más de que la de cualquiera otra nación europea, necesita setenta años para obtener el mismo resultado. La República, en varias ocasiones ha doblado la suya en veinticinco años.

En 1831, la Gran Bretaña é Irlanda, contenían veinticinco millones de habitantes; y cincuenta años más tarde, en 1881, no contaba más que treinta y cuatro millones. La población de Francia durante el mismo período de tiempo se ha elevado de treinta y dos millones y medio á treinta y siete millones y medio. La República ha subido de treinta millones á cincuenta.

Inglaterra ha ganado diez millones de habitantes, Francia cinco millones y los Estados Unidos ¡treinta y siete millones! Así pues, la República, en medio siglo, ha ganado una cifra de habitantes igual á la población actual de Francia y superior á la población actual del Reino Unido. Quédase uno confuso ante semejante resultado.

¡Una Gran Bretaña y una Irlanda surgiendo en medio de terrenos incultos, como por encanto, en menos de la vida de un hombre!

En verdad, la República es la Minerva de las naciones; ha salido armada de la frente de Júpiter-Inglaterra. En lugar de treinta millones de habitantes como en 1830, cuenta América actualmente con cincuenta y seis millones; lo que hace que haya en ella más hombres que hablan inglés, que en el resto del mundo, y más de los que existen en el Reino Unido y en todas sus colonias, aún cuando la población de éstas fuera doble.

Por sorprendentes que sean estos resultados, son bien pequeños comparados con los siguientes: En 1850, la riqueza total de los Estados Unidos no era más que de 8,430 millones de dollars; la del Reino Unido, ascendía á 22,500 millones de dollars; es decir: que era ésta casi tres veces superior á aquélla.

Ha bastado el corto espacio de treinta años para cambiar las situaciones respectivas de ambos países. En 1881, la Monarquía poseía una riqueza en oro de 8,720 millones de libras esterlinas y, deténgase un poco el lector á considerar esa alineación de cifras, pero no intente comprender lo que representan; ningún hombre sería capaz de conseguirlo. Heriberto Spéncer, no tenía necesidad de ir tan lejos para hallar lo *desconocido*. Yo se lo pongo ante los ojos y que pruebe á *conocer* el sentido de esto: 43,600.000.000 de dollars. Pero por prodigiosa que sea, vese esta riqueza superada por la de la República que, en 1880, dos años antes, se había elevado á 48,950.000.000 de dollars.

Esto ocupándonos del año 1880; que si hubiéramos de dar á conocer la riqueza del año siguiente, nos sería preciso añadir más números y aumentar todavía la interminable suma. La riqueza de América, pasa hoy de bastante más de 50,000.000.000 de dollars.

Esta riqueza no proviene por entero, como se podría

creer, á primera vista, de los enormes recursos agrícolas; proviene en gran parte, de su industria. América no es tan sólo la primera nación agrícola, sino que también es la primera nación industrial del mundo. Ha quitado esta última supremacía á Inglaterra. En 1880, las fábricas inglesas estaban evaluadas en 818.000.000 de libras esterlinas; las fábricas de América en 1,112.000.000 de libras esterlinas, casi una mitad del valor de las de toda Europa, cuyo importe era de 2,600.000.000 de libras esterlinas.

Desde el punto de vista del ahorro, también figura América al frente de las demás naciones. Su ahorro anual es de 210.000.000 de libras esterlinas, de modo que supera al de Inglaterra en 56.000.000 y al de Francia 70.000.000.

Los 50 millones de americanos de 1880, habían podido comprar á los ciento cuarenta millones de rusos, de austriacos y de españoles, ó bien, después de haber comprado á Francia, les hubiera quedado suficiente dinero para comprar Dinamarca, Noruega, Suiza y Grecia. La República yankee podría comprar el país de sus antepasados, el querido viejo país, con su exquisita belleza, sus recuerdos históricos y sus tradiciones, que merecen y guardan todo nuestro amor.

Sí; ciertamente podría América comprar cada acre de tierra de la Gran Bretaña y de Irlanda, y convertirlos, para su inmenso continente, en una especie de isla de Wight. Después aún podrían reembolsar la deuda de este país, tan enormemente empeñado, sin agotar su fortuna que no es más que el producto de un solo siglo. ¿Qué no será capaz de hacer antes de que haya transcurrido un nuevo siglo? Ya, las naciones que han desempeñado grandes papeles en la historia del mundo son pequeñas á su lado. Dentro de cien años serán aquellas enanas y antes de doscientos años pigmeos, al lado de este gigante. América es el Gulliver de las naciones. Estas no son más

que liliputienses que se esforzarán inútilmente en cogerla entre sus telas de araña.

La marina de la República toma sitio después de la de Inglaterra; este «transportador» del mundo. Ninguna otra nación se le aproxima desde este punto de vista. En 1880, los transportes de la Gran Bretaña desplazaban diez y ocho millones de toneladas; los de la República nueve millones. Su flota de comercio representa cerca de la mitad de la de la madre patria; es aquella superior á la de las cinco naciones que tienen las flotas más importantes después de la de Inglaterra, á saber: Francia, Alemania, Noruega, Italia y España reunidos. Los medios de transporte de la República son más de cuatro veces superiores á los de Francia, su hermana europea, y cuatro veces superiores á los de Alemania. Sus buques han ganado cerca de un veinte por ciento del beneficio realizado por los transportes marítimos de todo el mundo, en 1880. Francia y Alemania no han ganado más que el cinco por ciento. Las exportaciones é importaciones de América son ya iguales á las de cualquiera de esas naciones; unos trescientos millones de libras esterlinas.

A pesar de estos resultados, que están corroborados por Mulhall, y cuya exactitud no es dudosa, la impresión general es de que la importación marítima de la República, no se halla en relación con la importación gigantesca por tierra. Este es uno de los numerosos errores populares, con respecto al «parcut au-delà de la mer» pero en tanto aquella figura inmediatamente después de Inglaterra como potencia marítima, en lo que respecta al comercio interior — de los medios de transporte por tierra — lleva ventaja sobre ésta. El comercio interior de los Estados Unidos, supera al comercio exterior total de la Gran Bretaña y de Irlanda, de Francia, de Alemania, de Rusia, de Holanda, de Austria-Hungria y de Bélgica reunidas. Más de ciento dos millones de libras esterlinas se pagan anual-

mente de fletes. Esta suma es superior á lo que representa el flete de los ferrocarriles de la Gran Bretaña, de Francia y de Italia reunidas, y á la suma recaudada por todos los buques del mundo, con exclusión de los beneficios que América ha sacado de sus propios buques. La red del «Pennsylvania Railroad» por sí sola, transporta más toneladas de mercancías que todos los buques mercantes de Inglaterra.

Considerada como potencia militar y naval, la República es, á la vez la más débil y la más fuerte de las naciones. Su ejército regular no se compone más que de 25,000 hombres, reclutados en todo el continente, por compañías de cincuenta ó de cien hombres. La marina de guerra gracias á Dios es insignificante, pero, hace veinte años, que como á son de trompeta, reunió aquella bajo las armas dos millones de hombres y una flota de 626 buques de guerra. Las ponderadas legiones de Jerjes, las hordas de Atila y hasta las de Timour fueron superadas, en lo que respecta al número, por los soldados ó ciudadanos que tomaron las armas, en 1861, para defender la unidad de la nación, y que, cuando hubieron cumplido su misión, las depositaron para volverse cada cual á su vida ordinaria. Proceden como los soldados de la Commonwealth, de quienes dice Macaulay: «Al cabo de algunos meses nada indicaba que el más formidable ejército del mundo se hubiera fundido en la masa de la población.» El carácter de los soldados de la República, evoca igualmente el relato que el mismo Macaulay hace del ejército republicano de Cromwell: «Los mismos realistas, hubieron de reconocer que en todas las ramas del trabajo honrado, los soldados licenciados, cumplieron, mejor que los otros hombres; pues ninguno de aquellos hubo de ser perseguido por robo ó bandidaje, que ninguno se humilló á mendigar y que, cuando un panadero, un albañil ó un carretero se hacía señalar por su celo y su sobriedad, casi siempre era uno

de los que habían servido con Cromwell.» Era la época en que nuestro país natal, desembarazado de sus jefes hereditarios, se hallaba sometido á la influencia vivificante de las instituciones republicanas.

Así es, que en ambos lados del Atlántico, los *ciudadanos* combatían y volvían luego á sus ocupaciones y fábricas. Batíanse aquéllos, no por un trono, por un rey ó por los privilegios de una clase, sino por su *país*, por un país que concede al más humilde, idéntico privilegio que al más grande. Instintivamente vuelven al ánimo las siguientes líneas:

«¿Dónde está el bribón que osaría  
no combatir por semejante país?»

Los ingleses, como republicanos, fueron, desde luego, invencibles. ¿Qué probabilidad de éxito puede tener, en una batalla el realista que grita: «Mi rey» contra el ciudadano cuyo ardiente patriotismo se inflama nada más que murmurando: «Mi país»? El *Good save the king* del monárquico es bien débil ante los acentos más nobles del canto republicano: «Good bless our nature land.»

Un rey, triste señor frívolo, puede ser indigno de nuestra estimación. Nuestro país merece siempre nuestro amor.

Hay frases evocadoras que producen milagros. Entre estas frases hay que colocar las de: «Nuestro país». Otras palabras, habiendo cesado de ser divinas se han convertido en ridículas. «Rey» y «Trono» son de éstas.

Los veinticinco mil ingleses que se han reunido en «Bingley Hall», en Birmingham, para honrar al más firme de todos los ingleses, John Bright, se dispersaron, no á los acentos del mezquino y pueril «Good save the king» sino cantando estas gloriosas palabras adoptadas á la misma música:

Que Dios bendiga nuestra tierra natal,  
Que la mano protectora de Dios  
Siga guardando sus límites;  
Que la paz aumente su gloria,  
Que sus enemigos se cambien en amigos,  
Y que el poderío de Inglaterra  
No dependa más de la guerra.

Estas palabras son dignas de la Inglaterra, madre bendita de las naciones presentes y futuras, y pedían que se hiciera la travesía del Atlántico para escucharlas.

Jamás el cosquilleo del triunfo agitó mi cuerpo con más fuerza que cuando elevaba mi voz y me ponía á cantar con la masa, el futuro himno nacional que vivirá y dará la vuelta al mundo, cuando las familias reales estén tan muertas como los «dodos» (1). Qué Dios adelante ese día! Una familia real es un insulto para cualquiera otra familia del país.

La República no tiene necesidad de ejército, ni de marina de guerra permanente. En eso está su gloria principal y su fuerza.

Reposa aquella con toda seguridad, sobre el amor y la abnegación de sus hijos. A la manera de Cadmus, puede aquella, en caso de necesidad, sacar de su suelo innumerables tropas armadas que no se baten más que para su defensa, y, que, contrariamente á los guerreros del dragón vuelven á las ocupaciones de la paz, cuando ésta se halla fuera del peligro.

El ciudadano americano que rehusara batirse por su país en caso de ataque, sería indigno de dicho título. Lo mismo puede decirse del que quisiera evadirse en una guerra agresiva. Afortunadamente, no existe un hombre tal.

(1) Especie de pájaro que desapareció.

La situación preponderante que la República ocupa entre todas las naciones, desde el punto de vista de la actividad intelectual, tiene todavía más importancia que su fuerza comercial y militar. Por el número de las escuelas y los colegios, por el número y extensión de sus bibliotecas, por el número de diarios y otros periódicos, aquélla supera á todas.

En la aplicación de las ciencias, en las costumbres sociales é industriales, está mucho más adelantada que las otras naciones. Gran número de invenciones prácticas y que son de las que más contribuyeron á los progresos del mundo, nacieron en América.

Ningún otro pueblo ha imaginado tantas máquinas, para reemplazar el trabajo manual. El primer buque de vapor que navegó comercialmente lo hizo por Hudson, y el primer vapor que atravesó el Atlántico, salió de un puerto americano, con el pabellón de la misma nación. América dió al mundo la primera máquina para desgranar el algodón, las primeras máquinas segadoras, sembradoras y de coser, que funcionaron de la manera más práctica. En la rama menos material, la más etérea, es la que ha procurado mayores triunfos al hombre, es decir; la electricidad: América es en este sentido la que con más razón merece ser mencionada. Casi se puede decir que ha hecho de ello su especialidad. A partir del descubrimiento de Franklin, relativo á la identidad del rayo y de la electricidad, un americano fué quien inventó los sistemas de telegrafía más usados y que mejores resultados dieron y también fué un americano quien osó emprender la tarea de unir el antiguo y nuevo mundo por medio de cables submarinos.

En el empleo de la electricidad como alumbrado, América conserva la supremacía, por donde quiera se use este sutil fluido. El nuevo medio de comunicaciones dado al mundo, el teléfono, es también debido á los americanos.

No es necesario el intento de penetrar en el porvenir lejano de esta nación gigante. Pero si dirigimos nuestras miradas hacia adelante, como las hemos dirigido hacia atrás, tan sólo en el espacio de medio siglo, supongámos que, en este corto intervalo de tiempo no se produzca alguno importante, asalta la idea de creer, que en 1935, es decir cuando muchos de los que están ahora en la edad de ser hombres vivirán todavía, existirán bajo la misma bandera ciento ochenta millones de republicanos que hablarán el inglés y que poseerán una riqueza nacional de 250,000,000,000 de dollars.

Hace ochenta años toda Europa y toda América no contenían ese número de habitantes. Si Europa y América continúan desarrollándose normalmente no harán falta más que otros ochenta años, á contar desde hoy, para que la república pueda gloriarse de poseer tantos ciudadanos fieles como todos los gobiernos de Europa juntos. Antes del año 1980, Europa y América, tendrán cada una una población de seiscientos millones de habitantes.

Las causas del desarrollo tan grande de esta nueva nación entrañan uno de los problemas más importantes de la historia social de la humanidad. Los factores principales del problema son tres: el carácter étnico de los habitantes, las condiciones topográficas y la influencia de instituciones políticas que tienen por principio fundamental la igualdad del ciudadano; nuestros escritores del pasado han sostenido que el tipo étnico de un pueblo tiene menos influencia sobre su desarrollo como nación, que las condiciones en que vive.

Los modernos etnologistas van más lejos: para comprender la importancia vital que supone la cuestión de raza no nos hemos de fijar más que en lo que América sería hoy si hubiese caído desde un principio en las manos de cualquier otro pueblo que el colonizador inglés. Desde luego América tuvo una gran fortuna en recibir tan buena

simiente. Exceptuando algunos holandeses y franceses, la simiente fué enteramente inglesa. Como se verá en el próximo capítulo, la América de hoy sigue fiel á esta noble línea, teniendo en su sangre cuatro quintas partes de inglesa. La aptitud especial de esta raza para la colonización, su vigor, su espíritu de empresa, y sus cualidades de gobierno se han manifestado brillantemente en todos los puntos del globo, pero en ninguna parte con la extensión que en América. Libres aquí del peso de las instituciones feudales que no convenían á su desarrollo; y libres así mismo de la dominación de las clases elevadas que en la patria los habrían tenido alejados de la administración de los negocios y que habrían sacrificado los intereses de la nación á los suyos, como acostumbran á hacer tales clases, los ingleses de las clases inferiores llamados á fundar un nuevo estado, han demostrado que poseían un verdadero genio para la administración pública.

El segundo factor, quizá tan importante como el primero, del progreso rápido de esta rama de la raza inglesa es la superioridad del medio en que se ha desarrollado. La tierra que le ha tocado en suerte, la más magnífica que jamás haya servido de cuna á una raza desde el principio del mundo, no ofrece ningún obstáculo á la completa amalgamación de los habitantes del Norte, del Sur, del Este, y del Oeste en una sola masa homogénea. La conformación del continente americano difiere en efecto, por muchas razones importantes de cualquiera otra grande división del globo. En Europa los Alpes ocupan una posición entral; de sus vertientes parten los ríos que corren hacia los mares opuestos. En Asia el Himalaya, el Hindu-Kush y los montes Altraj dividen el continente, y los ríos que salen de sus costados vierten las aguas en océanos muy alejados unos de otros. Por el contrario, en las costas de la América del Norte se elevan montañas cuyas vertientes descienden gradualmente hacia grandes llanuras

centrales y forman un inmenso lago en que los ríos desaguan juntos ofreciendo al comercio una cantidad considerable de millares de *millas* de corrientes navegables. El mapa proclama de este modo la unidad de la América del Norte con esta gran llanura central que tiene una extensión de tres millones de millas cuadradas. Sin ríos infranqueables, sin montañas que formen cordilleras bastante elevadas para que sean un obstáculo á la facilidad de las relaciones, la integridad política es una sinceridad y la consolidación una certidumbre.

Heriberto Spéncer ha citado muchos ejemplos en apoyo del principio de que los pueblos que viven en las montañas y los que viven en los desiertos se unen difícilmente, en tanto que en los pueblos encerrados entre barreras naturales se unen con facilidad más aún: las naciones separadas por dichas barreras se consideran como enemigas naturales. En Europa la ambición y el egoísmo de las dinastías reinantes, han contribuído á hacer de esta idea el símbolo político de los pueblos. Cowper lo ha expresado en los conocidos versos:

«Las montañas interpuestas  
hacen enemigas las naciones que, sin ellas,  
se hubieran mezclado como gotas de un mismo líquido.»

A causa de las montañas muchas partes de Europa permanecen en estado de guerra ó de preparación de guerra permanente y este estado tiene por resultado muchas desdichas, muchas muertes, pérdidas materiales y retrasos en la civilización.

Los grandes lagos de América que se dice contienen un tercio de agua dulce del mundo entero, son también elemento de unión. Un buque salido de cualquier parte del mundo puede aligerar su cargamento en Chicago, en el Noroeste, á mil millas tierra adentro. El Missisipi

y sus afluyentes atraviesan la gran cuenca del Oeste que tiene una extensión de un millón y cuarto de millas cuadradas y una red de navegación interior de veinte mil millas. Un barco de vapor que saliera de Pittsburgo en Pensilvania, á cuatrocientas cincuenta millas de Nueva York en el interior del territorio, y á dos mil millas en la desembocadura del Mississipi, que siguiese estas vías fluviales y volviese al punto de partida, recorrería una distancia mucho más grande que si hubiese dado la vuelta al mundo. Durante todo este trayecto no se vería detenido por ningún empleado del gobierno ni obligado á pagar derecho alguno. El pabellón bajo el cual navega, asegura el paso libre al buque y su cargamento y no paga derecho de ninguna suerte, ya que los ciudadanos del continente entero disfrutan de los beneficios de una libertad de relaciones absoluta. Cuando se consideran las influencias que concurren á la unión de los pueblos se debe atribuir una grande importancia á esto; cincuenta y seis millones de habitantes que ocupan un territorio, el cual ofrece diferencias tan grandes que encuentran todo lo que es preciso para las necesidades del hombre, cambian sus productos sin investigaciones y sin pagos de derechos. A buen seguro que éste es el ejemplo mejor del libre cambio que haya visto jamás el mundo. Sería difícil poner obstáculos á los efectos beneficiosos de una constitución que garantiza de tal modo á cada miembro de la vasta confederación la absoluta libertad de las relaciones comerciales.

Ya se le considere desde el punto de vista económico ya desde el punto de vista más elevado de su influencia, sobre la unidad y la fraternidad de los pueblos, esta libertad de comercio sin restricción es uno de los elementos más poderosos de conservación de la Unión. Si alguno de los treinta y ocho Estados del continente americano impusiese derechos sobre los productos de los estados vecinos, la Gran República no tardaría en fraccionarse

en treinta y ocho facciones guerreras. Al que dude de que el libre cambio sea una garantía de paz le recomiendo el estudio del sistema del Libre Cambio de América.

Los ferrocarriles, bien que siendo una creación de los hombres, tienen sobre la unión de los habitantes más influencia todavía que las grandes vías de agua naturales. Ciento treinta mil millas de ferrocarril más que existen en toda Europa atraviesan el país en todas direcciones, y unen las diversas partes de la nación con sus nervios de acero. El viajero se traslada del Atlántico al Pacífico, ó sea un recorrido de tres mil millas, ó de Nueva York á Nueva Orleans, en el mismo vagón hotel sin tener que salir de él. Está instalado y alimentado, y encuentra todo lo que necesita.

Setecientas setenta mil millas de telégrafos, suficientes para dar tres veces la vuelta á la tierra — los nervios de la República, — funcionan día y noche transmitiendo los mensajes particulares ó comerciales. El joven de Massachusetts no se halla separado del hogar paterno cuando se encuentra en la hacienda del Colorado; lo mismo puede decirse de la señorita de Nueva York, que ha contraído matrimonio con un plantador de productos agrícolas y se ha ido á crear una familia al Estado de Texas. Una comunicación constante entre las familias y frecuentes visitas, crean entre ellos las simpatías y los mantienen unidos. Los americanos llevan la marca estrellada consigo, donde quiera que se instalen, y conservan la unidad de la nación.

Durante el curso de su breve existencia ha tenido la República que sortear grandes peligros, de los que uno tan sólo habría bastado para destruir la resistencia de cualquier otro sistema político que reposara sobre una base menos amplia que la de la igualdad absoluta de los ciudadanos. El Estado naciente hallóse de manos á boca con la esclavitud; víbora que le roía el corazón y que se

desarrollaba al propio tiempo que se desarrollaba la República, hasta el punto de llegar á ser aquélla un peligro para la existencia de ésta. Enroscada en torno de cada conyuntura y de cada parte del cuerpo político, chupando toda la fuerza moral de la nación, el poder esclavista, en un esfuerzo para estimular su funesta influencia, cometió afortunadamente, cierto día, el pecado que un americano no perdona jamás. Disparó contra la bandera. ¡Bendito sea ese tiro! Era necesario para advertir á la conciencia nacional de que no tan sólo la libertad y la esclavitud eran fuerzas sociales antagonistas que no podían unirse jamás, sino que la esclavitud, considerada como institución política, era incompatible con la idea republicana. El disparo de aquel tiro, una hermosa mañana en que el sol brillaba con todo su esplendor, contra la bandera que ondeaba en las murallas de Fort-Sumter, no dejó á los patriotas recurso alguno. Un temblor general recorrió los Estados Unidos, de un lado á otro, y los hombres de todos los partidos pusieron su vida, su fortuna y su honor al servicio de la unidad de la República, del mismo modo que la habían puesto antes al servicio de su independencia.

El mundo entero sabe cómo salieron aquéllos de esta noble empresa. La espada de la República desenvainada en defensa de la justicia, fué vuelta á la vaina; pero no antes de que todos los esclavos fueran ciudadanos y hubieran obtenido el goze de sus derechos cívicos.

La segunda fuente de peligros, se hallaba en los millares de extranjeros, que de todos los países acudían á las riveras hospitalarias de la República, la mayor parte ignorando la lengua inglesa y todos desacostumbrados al ejercicio de los deberes públicos. Si un número tan considerable de inmigrantes se hubiera desertado de la vida nacional, si hubieran formado círculos aislados, ó si esos inmigrantes no hubiesen venido á América más que para ganar dinero y volverse á su país natal, hubieran con

seguridad causado un gran perjuicio á los Estados Unidos.

La generosidad — puedo decir la inconcebible generosidad — de la República con respecto á estas gentes merecía una recompensa. Ganó su afecto ofreciendo en cambio de su sujeto libre el beneficio de ciudadano libre.

A estos nuevos habitantes á quienes la igualdad de privilegio se les había negado en su patria, la República les ofreció igualdad completa; y no se contentó con decirles: «Quedaros aquí». Si no que les dijo: «Sed de los nuestros.» Cuando llegan aquéllos á las orillas de la República son «sujetos»; la República los transforma en *ciudadanos*. Eran siervos y los convirtió en hombres. A sus hijos cógelos suavemente por la mano y los conduce á las escuelas públicas que ha fundado para sus propios hijos; les ofrece gratuitamente la República una bunea educación primaria, el más precioso de los dones que se pueda conferir á seres humanos. Es este el «dón de la bienvenida» que la democracia da á los recién llegados. ¡Cómo no se ha de enamorar el emigrante pobre de esta nueva patria, con pasión, y cómo no ha de sentir recuerdos de amargura por su país natal que le había privado de sus derechos de hombre! Y así es como se ha evitado el peligro. La homogeneidad de la población está asegurada.

La unidad de los habitantes de América está también favorecida por el sistema político que tiene por base la igualdad del ciudadano. En ninguna de las leyes podría hallarse privilegio alguno.

El derecho de un hombre es el derecho de todos los hombres.

La bandera es la garantía y el símbolo de la igualdad. Las gentes no se ven mortificadas por la idea de que su propio país decreta su inferioridad y los considera como indignos de los privilegios concedidos á otros. Nada de privilegios, nada de títulos, nada de dignidades heredi-



tarias, y por consecuencia nada de clases. El sufragio es universal y todos los votos tienen el mismo peso. A los representantes del país se les paga. Cualquiera puede pues, entrar en la vida política y ser útil al país. Todo esto crea una comunidad de intereses, de aspiraciones, que un inglés acostumbrado á las instituciones monárquicas y aristocráticas que dividen á las gentes en clases, que tienen intereses, aspiraciones, pensamientos y sentimientos diferentes, puede difícilmente comprenderlo.

Las escuelas comunes gratuitas, son quizás, bien mirado, el factor que más contribuye á formar la nueva raza americana.

Las diversas razas se funden en el crisol de una buena educación general inglesa, proporcionada gratuitamente por el Estado. Los hijos de irlandeses, alemanes, italianos, españoles y suecos hállanse al lado del americano hijo del país.

Todos estos elementos constituyen una raza que tiene el mismo pensamiento, la misma sensibilidad y el mismo patriotismo. El niño irlandés pierde su dialecto y el niño alemán aprende inglés. Las ideas propias á los sistemas feudales de Europa, y las que los niños han heredado de sus padres, desaparecen como las escorias para no dejar más que el oro puro del símbolo político, que sea digno de la humanidad: «Todos los hombres nacen libres é iguales.» Deben aprender á vivir y trabajar para el bien público, no para el sostenimiento de una familia real y de una aristocracia altanera y para el mantenimiento de una organización social que los coloca por bajo de una clase arrogante de zánganos. Los hijos de siervos rusos ó alemanes, de colonos irlandeses arrojados de sus casas, de *scotchers* escoceses y de otras víctimas de la tiranía feudal, transfórmanse en republicanos. Tienen en su corazón amor por el país que da á todos sus hijos, sin distinción alguna, la igualdad de los derechos y de los privilegios.

No existen seres más ardientemente patrióticos y adictos á la república que los ciudadanos naturalizados y sus hijos. El ciudadano nacido en América ignora el valor de los derechos de que ha disfrutado siempre. Únicamente el hombre nacido en el extranjero, como he nacido yo, puede comprender la verdadera significación de la palabra República.

La educación gratuita ha dado á los americanos la afición á la lectura. Y esta afición, gracias á la prensa, contribuye también á desarrollar entre los millones de americanos, la unidad del pensamiento y de las aspiraciones.

Ocho mil periódicos distribuidos por todo el país, reciben las noticias al mismo tiempo. Todos los americanos leen estas mismas noticias en igual día, y discuten las mismas cuestiones. De este modo, el hombre de San Francisco, hállase tan cercano de su conciudadano de San Pablo, de Nueva York y de Nueva Orleans, como el habitante de Londres lo está del de Birmingham, de Manchester, de Liverpool ó de Edimburgo, ó infinitamente más que el habitante de Belfast y de Dublin. La bala de loco que mató al Presidente Garfield, si hubiera podido viajar tan lejos, habríase visto adelantada en su camino por los mensajeros eléctricos que llevaron la triste noticia á los villorrios más recónditos del continente.

El golpe dado por la mañana, sumió, antes de ponerse el sol, á cincuenta y seis millones de personas en el más profundo dolor.

Todas estas causas han contribuido á la formación de una nación grande y homogénea, de la misma raza, de igual lengua, y que tiene la misma literatura, idénticos intereses, é igual patriotismo. Este imperio es tan poderoso y tan vasto que no tiene necesidad para asegurar su tranquilidad, ni de ejército ni de marina; su pueblo es bastante

instruído y adelantado para comprender el valor de la paz.

El que estudia los negocios de América no ve en parte alguna la obra, de otras influencias que las que concurren á una unión cada vez más estrecha. La República ha encontrado el modo de gobernar numerosas extensiones, en medio del sistema federal, ó sea «home rule», habiendo demostrado al mundo que cuanto más se desarrolla el *self government* de las partes, más fuerte es el gobierno central.

## EL PUEBLO AMERICANO

*La biología nos enseña que la mezcla de las diversas variedades de la raza ariana, de la que se compone la población americana, producirá un tipo de hombre superior del que ha existido hasta ahora, un tipo más plástico, más adaptable, más capaz de experimentar las modificaciones necesarias para una vida social más completa. Yo pienso que cualesquiera que sean las dificultades y tribulaciones que el porvenir les reserve, llegará un día en que los americanos habrán producido una civilización más completa que todas las que han existido hasta la fecha.*

(HERBERT SPENCER.)

El pueblo americano tiene la suerte de ser esencialmente inglés. Yo espero que será eternamente reconecedor de este supremo bien. En la aserción del historiador de la conquista normanda, dice que la principal diferencia entre el bretón y el americano es la de que el primero no ha atravesado más que un oceano y el segundo ha cruzado dos, en lo cual hay algo más que palabras; hay una verdad perfectamente demostrable. Hace dos siglos y medio la población americana era inglesa, con un ligero contingente de franceses y holandeses. En 1776, cuando las colonias revelaron al mundo esta gran novedad de que «todos los hombres nacen libres» y que fundarían una república independiente, sin rey, ni aristocracia, ni ninguno de los males políticos del pasado, su población había llegado á ser de tres millones. En 1840, ésta se había elevado, casi enteramente por aumento natural, á catorce millones de blancos. Existían entonces tres millones de esclavos de color. Esos catorce millones de blancos eran casi exclusivamente de origen inglés, como lo prueba la insignificancia de la emi-